



SEMINARIO: 10 HERRAMIENTAS PARA LOGRAR TUS PROYECTOS

TEMA 6. APROVECHAR EL TIEMPO ES APROVECHAR TU VIDA

PUNTOS DE REFLEXIÓN PERSONAL

*LIBRO, CAMINO, AUTOR SAN JOSEMARIA
ESCRIVA DE BALAGUER*

13 Aleja de ti esos pensamientos inútiles que, por lo menos, te hacen perder el tiempo.

14 No pierdas tus energías y tu tiempo, que son de Dios, apedreando los perros que te ladren en el camino. Desprécialos.

243 "Qui fidelis est in minimo et in maiori fidelis est" — quien es fiel en lo poco también lo es en lo mucho. —Son palabras de San Lucas que te señalan —haz examen— la raíz de tus descaminos.

354 Aprovéchame el tiempo. —No te olvides de la higuera maldecida. Ya hacía algo: echar hojas. Como tú...

—No me digas que tienes excusas. —No le valió a la higuera —narra el Evangelista— no ser tiempo de higos, cuando el Señor los fue a buscar en ella.

—Y estéril quedó para siempre.

355 Los que andan en negocios humanos dicen que el tiempo es oro. —Me parece poco: para los que andamos en negocios de almas el tiempo es ¡gloria!

472 Sirve a tu Dios con rectitud, séle fiel... y no te preocupes de nada: porque es una gran verdad que "si buscas el reino de Dios y su justicia, El te dará lo demás —lo material, los medios— por añadidura."

813 Hacedlo todo por Amor. —Así no hay cosas pequeñas: todo es grande. —La perseverancia en las cosas pequeñas, por Amor, es heroísmo.

819 Porque fuiste "in pauca fidelis" —fiel en lo poco—, entra en el gozo de tu Señor. —Son palabras de Cristo. —"In pauca fidelis!..." —¿Desdeñarás ahora las cosas pequeñas si se promete la gloria a quienes las guardan?

LIBRO, SURCO, AUTOR SAN JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

131 ¡Qué afán tienen muchos de reformar!

¿No sería mejor que nos reformáramos todos, cada uno, para cumplir fielmente lo que está mandado?

167 Recupera el tiempo que has perdido descansando sobre los laureles de la complacencia en ti mismo, al creerte una persona buena, como si fuese suficiente ir tirando, sin robar ni matar.

Aprieta el paso en la piedad y en el trabajo: ¡te queda tanto por recorrer aún!; convive a gusto con todos, también con los que te molestan; y esfuérzate para amar —¡para servir!— a quienes antes despreciabas.

345 ¡Un gran descubrimiento!: algo que sólo entendías muy a medias, te ha resultado clarísimo cuando has tenido que explicárselo a otros.

Hubiste de charlar muy despacio con uno, desanimado porque se sentía ineficaz y no quería ser una carga para nadie... Entonces comprendiste mejor que nunca por qué te hablo constantemente de ser borriquitos de noria: fieles, con anteojeras muy grandes para no mirar ni saborear personalmente los resultados —las flores, los frutos, la lozanía de la huerta—, bien ciertos de la eficacia de nuestra fidelidad.

346 La lealtad exige hambre de formación, porque —movido por un amor sincero— no deseas correr el riesgo de difundir o defender, por ignorancia, criterios y posturas que están muy lejos de concordar con la verdad.

414 ¿Que la carga es pesada? —¡No, y mil veces no! Esas obligaciones, que aceptaste libremente, son alas que te levantan sobre el ceno vil de las pasiones.

¿Acaso sienten los pájaros el peso de sus alas? Córtalas, ponlas en el platillo de una balanza: ¡pesan! ¿Puede, sin embargo, volar el ave si se las arrancan? Necesita esas alas así; y no advierte su pesantez porque la elevan sobre el nivel de las otras criaturas.

¡También tus “alas” pesan! Pero, si te faltaran, caerías en las más sucias ciénagas.

882 El tiempo es nuestro tesoro, el “dinero” para comprar la eternidad.

963 Si el tiempo fuera solamente oro..., podrías perderlo quizá. —Pero el tiempo es vida, y tú no sabes cuánta te queda.

LIBRO, FORJA, AUTOR SAN JOSEMARIA ESCRIVA DE BALAGUER

163 ¡No me seas comodón! No esperes el año nuevo para tomar resoluciones: todos los días son buenos para las decisiones buenas. “Hodie, nunc! —¡Hoy, ahora!

Suelen ser unos pobres derrotistas los que esperan el año nuevo para comenzar..., porque, además, luego... ¡no comienzan!

214 Llénate de confianza en Dios y ten, cada día más hondo, un gran deseo de no huir jamás de El.

483 ¿Esperas la victoria, el fin de la pelea..., y no llega?

—Da gracias al Señor, como si ya hubieras alcanzado esa meta, y ofrécele tus impaciencias: *vir fidelis loquetur victoriam* —la persona fiel cantará la alegría de la victoria.

706 ¡Qué pena matar el tiempo, que es un tesoro de Dios!

A algunos pobrecitos les molesta el bien que haces, como si el bien dejara de serlo cuando no lo llevan a cabo o no lo controlan ellos...

—Que esa incomprensión no te sirva de excusa para aflojar en tu tarea. Esfuérzate en rendir con mayor empeño, ahora: cuando en la tierra te faltan aplausos, más grata llega tu tarea al Cielo.

Laboriosidad, diligencia

Hay dos virtudes humanas —la laboriosidad y la diligencia—, que se confunden en una sola: en el empeño por sacar partido a los talentos que cada uno ha recibido de Dios. Son virtudes porque inducen a acabar las cosas bien. Porque el trabajo —lo vengo predicando desde 1928— no es una maldición, ni un castigo del pecado. El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios. En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación.

El que es laborioso aprovecha el tiempo, que no sólo es oro, ¡es gloria de Dios! Hace lo que debe y está en lo que hace, no por rutina, ni por ocupar las horas, sino como fruto de una reflexión atenta y ponderada. Por eso es diligente. El uso normal de esta palabra —diligente— nos evoca ya su origen latino. Diligente viene del verbo *diligo*, que es amar, apreciar, escoger como fruto de una atención esmerada y cuidadosa. No es diligente el que se precipita, sino el que trabaja con amor,

primorosamente.

Nuestro Señor, perfecto hombre, eligió una labor manual, que realizó delicada y entrañablemente durante la casi totalidad de los años que permaneció en la tierra. Ejercitó su ocupación de artesano entre los otros habitantes de su aldea, y aquel quehacer humano y divino nos ha demostrado claramente que la actividad ordinaria no es un detalle de poca importancia, sino el quicio de nuestra santificación, ocasión continua para encontrarnos con Dios y alabarle y glorificarle con la operación de nuestra inteligencia o la de nuestras manos.